



GUTACKER, PAUL J., *THE OLD FAITH IN A
NEW NATION. AMERICAN PROTESTANTS
AND THE CHRISTIAN PAST*. NEW YORK:
OXFORD UNIVERSITY PRESS, 2023.
264 PP. ISBN: 978-0-19-763915-3

Ezer R. May May¹



principios de 2024, un pastor de una comunidad evangélica y misionero del Spanish World Ministries radicado en Guatemala sentenció en su red social: “Uno de los más grandes problemas en la iglesia del siglo XXI es que muchos cristianos creen que sus opiniones, preferencias e ideologías están por encima de las Sagradas Escrituras”.² Estas palabras nos remiten a un perfil particular de evangélico latinoamericano, uno que coloca a la Biblia como eje central, fundamental y único de su práctica, creencia e identidad religiosa. En gran medida, este sector evangélico es heredero del conocido evangelicalismo estadounidense. En la obra, el historiador Paul J. Gutacker opta por caracterizarlos como bíblicistas; es decir, son aquellos que aceptan la Biblia tal y como está escrita y basan fielmente sus creencias y prácticas en la Palabra de Dios, en contraste con el término “biblista”, que alude a un académico especialista. Por tanto, si queremos entender un poco más la herencia protestante evangélica estadounidense dejada en América Latina, la obra de Gutacker resulta relevante.

El libro titulado *The Old Faith in a New Nation. American Protestants and the Christian Past* contiene una introducción, siete capítulos titulados de manera sugerente y un epílogo. En la introducción, el autor postula las bases de la problemática

¹Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Unidad Peninsular.

²Karel Golcher, Facebook, 8 de febrero de 2024. https://www.facebook.com/story.php?story_fbid=10233477314977120&id=1303283847&mibextid=xfxF2i.

de su estudio, en el que establece un diálogo historiográfico crítico con autores, igualmente, angloparlantes. El punto central de dicha discusión es la representación historiográfica del protestantismo evangélico y su relación con su pasado. La obra cuestiona lo que historiadores consagrados, como Mark Noll³ y David Bebbington,⁴ habían concluido en algunos de sus textos: la aversión a la historia por parte de los evangélicos estadounidenses debido a su énfasis evangelista y conversionista. No obstante, como puede verse en la expresión citada al principio, la propuesta central de esta obra también ayudará a entender que ese “grande problema” no es exclusivo del siglo XXI, y que, a su vez, ser evangélico no significa ignorar el pasado cristiano y a su respectiva historiografía.

Paul Gutacker encontró, entre los años de la Revolución estadounidense (1763-1783) y la Guerra Civil (1861-1877), cómo los protestantes estadounidenses recurrieron al pasado cristiano y/o a la historia cristiana en los sermones, libros, discursos, panfletos, argumentos legales y peticiones políticas para dirimir temas polémicos o difíciles, verbigracia el bautizo, la separación de la Iglesia y el Estado, el rol de las mujeres, la esclavitud, etcétera. Con base en estos tópicos, el autor estructura su capitulado. Siguiendo la división presentada por Gutacker, delinea la reseña de los siete capítulos en tres partes.

La primera parte trata cómo desde la mnemohistoria cristiana se trazaba la transformación deseada en el ámbito político y religioso, ambos completamente interconectados, aunque la estrategia pareció seguir direcciones distintas: en el primero se trató de revertir el pasado (Cap. 1 “Overturning the Past”) y en el segundo de restaurarlo (Cap. 2 “Restoring the Past”). El eje que conduce a ambos capítulos es la discusión que se cernió entre aquello a lo que se refiere como *disestablishment* y *establishment* —este último alude al patrocinio oficial de las iglesias y congregaciones protestantes por parte de las autoridades gubernamentales—, y su efecto en la diversidad protestante.

³Mark A. Noll, *The Scandal of the Evangelical Mind* (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1994).

⁴David W. Bebbington, “The Evangelical Discovery of History,” *Studies in Church History* 49 (2013): 330–364.

En cada uno de los siete capítulos, Gutacker procuró presentar casos y botones de muestra para evidenciar las diferencias doctrinales interdenominacionales e intradenominacionales. Desde el primer capítulo anticipa este estilo expositivo, pues inicia con los casos de los presbiterianos William Findley y Samuel B. Wylie, el primero seguidor del republicanismo jeffersoniano y el otro, detractor de éste. Wylie, al ser un presbiteriano *covenanter*, creía que si la autoridad estatal omitía en la Constitución su respaldo a la religión reformada sería sinónimo de rechazo a la autoridad divina. En contraste, Findley, para 1811, recurrió a la historiografía dieciochesca para argumentar su postura.

A partir de este primer capítulo, el autor nos prepara para los siguientes, ya que expone el panorama historiográfico que veremos constantemente referenciado a lo largo de los seis capítulos restantes. La razón es que los mismos ministros, laicos, líderes políticos e intelectuales protestantes bebieron de una misma fuente historiográfica bien identificada por el autor, por lo cual, el interés principal de Gutacker es mostrar cómo fue usada y empleada, configurando, de este modo, una narrativa histórica protestante estadounidense.

La historiografía del siglo XVIII coincidía respecto a la decadencia y corrupción de la Iglesia cristiana en la época de los concilios, y a partir del imperio constantiniano. En otros términos, la historiografía del cristianismo les demostraba a los protestantes del siglo XIX que el establecimiento de una religión estatal era contradictorio con el cristianismo genuino. Entre sus principales referencias estuvo la obra de Edward Gibbon, *History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, cuyos seis volúmenes fueron publicados entre 1776 y 1788. Y junto a Gibbon aparecieron los libros *An Ecclesiastical History, Ancient and Modern, From the Birth of Christ to the Beginning of the Present Century* –traducido al inglés en 1765– del historiador luterano Johannes Mosheim y *The History of the Church of Christ* de 1797, autoría del metodista Joseph Milner. Por ende, esta historiografía reflejó un anticatolicismo basado en la imagen negativa procedente del periodo constantiniano.

Entre finales del XVIII y principios del XIX, varios estados terminaron la relación legal y financiera con determinadas congregaciones. Este contexto le dio más sentido a la interpretación historiográfica de los protestantes, ya que despertó reacciones en contra de los disidentes religiosos, por lo que hubo líderes, como el presbiteriano William Tennent, quien comparó las penas impuestas a los disidentes por parte de las autoridades con la persecución inquisitorial del cristianismo imperial. No había otra conclusión para ellos: la instauración de la cristiandad (*Christendom*) condujo a la corrupción, la persecución y al autoritarismo.

Gutacker señala sobre este mismo contexto: “The years 1780-1830 saw remarkable religious transformations: as the disestablishment of state churches progressed, Presbyterian, Congregational, and Episcopalian churches were quickly surpassed by Baptists, Methodists and, eventually, the new Christian movement”.⁵ Esta relación no solo radicaba en los avances de los segundos por encima de los primeros en tanto efecto del *disestablishment*, sino que los bautistas, los metodistas y el movimiento restauracionista (*Restoration Movement*) buscaron representar la libertad religiosa, es decir, la bandera misma de la Revolución estadounidense. Por tanto, su respectiva expansión y crecimiento significaría la causa del *disestablishment*.

En esta competencia de la diversidad protestante, analizada en el capítulo dos, Gutacker encontró que el pasado cristiano también fue empleado como estrategia de crecimiento denominacional. Es así como el elemento del bautizo y la forma organizativa ocuparon un espacio cardinal en las narrativas mnemohistóricas. Gutacker narra el caso paradigmático de Daniel Merrill, un ministro congregacionista que abrazó la doctrina bautista y, por consiguiente, el rechazo al paidobautismo (el bautizo de infantes). En la reconstrucción de la historia bautista fue constituyendo al cristianismo primitivo como una especie de iglesia protobautista, pues se aseguraba que desde esos tiempos antiguos no se realizaban bautizos de infantes. Este debate alcanzó los espacios educativos de los

⁵Paul J. Gutacker, *The Old Faith in a New Nation. American Protestants and the Christian Past* (New York: Oxford University Press, 2023), 30.

seminarios, convirtiéndose en una batalla panfletaria en el que se citaron fragmentos e ideas de Johannes Mosheim y de los Padres de la Iglesia.

De igual manera, Gutacker expone cómo el metodismo usó el pasado cristiano para sustentar su forma organizativa y defender su avivamiento. Esta defensa siempre se inscribía en el pasado decadente posconstantiniano; por un lado, argumentando que su cristianismo era más cercano al de la época apostólica y por el otro, que su organización era opuesta al episcopal, en tanto ésta comportaba una reminiscencia del catolicismo romano.

Otros grupos, como el *Restoration Movement*, llevaron más lejos la fundamentación de un cristianismo puro, pues sostuvieron que el cristianismo temprano carecía de las divisiones de las denominaciones, por lo que entraron en la competencia por buscar feligreses que se unieran a su movimiento desfavoreciendo las identificaciones denominacionales.

En la segunda parte, Gutacker se centra en los espacios educativos. En el capítulo tres (“Fulfilling the Past”) desarrolla el papel de la historia contenida en los impresos difundidos por la American Sunday School Union (ASSU) y en el cuarto capítulo (“Protecting the Past”) sobre el lugar que ocupó la asignatura de la historia en los seminarios teológicos. El denominador común fue el temor al avance del catolicismo romano en tierras estadounidenses. Hasta el momento, se había identificado el auge del anticatolicismo a mediados del siglo XIX. Sin embargo, en la obra de Gutacker podemos vislumbrar cómo éste fue cobrando relevancia desde la primera década del siglo XIX. La inmigración católica no solo representó, para los protestantes, una amenaza demográfica y física con la edificación de parroquias, sino también por su inserción en el terreno educativo. La ASSU y los seminarios emplearon el pasado para demostrar que la historia del catolicismo era incompatible con los valores republicanos y con las libertades estadounidenses; y a su vez, buscaron inscribir a “América” en la historia divina y sagrada como una nación única y excepcional.

La ASSU publicó textos relativos al cristianismo para niños y/o jóvenes, como el de Susanna Rowson, de familia puritana, *Biblical Dialogues between a Father and his Family: Comprising*

Sacred History de 1822, en el que se cita a Hume, Gibbon y Mosheim. Igualmente, *Letters on Ecclesiastical History*, editado en 1832 por la ASSU, fue utilizado para enseñar la historia cristiana con el objetivo de transmitir ciertas normas morales y patrióticas como guardar el *sabbath*, las oraciones diarias y la constante lectura de la Biblia. La ASSU formaba buenos cristianos y, por tanto, buenos patriotas.

En los seminarios, la historia tuvo un tratamiento distinto, pues no se difundían textos confeccionados para un público específico, sino que se seleccionaban los libros a enseñar y a rebatir dentro de los currículos, pues se leían los mismos trabajos históricos del siglo XVIII. En la primera mitad del siglo XIX hubo una tensión en los seminarios por esta historiografía y la naciente historiografía alemana. Samuel Miller del Princeton Theological Seminary y James Murdock del Andover Theological Seminary son dos de los ejemplos que Gutacker nos expone. Miller representaría la transición entre una visión moderna y de “maestra de vida” de la historia (categorías *koselleckianas*). Por un lado, consideraba que el tiempo avanzaba de manera unilineal hacia el progreso; por otro, veía la historia cristiana como una herramienta para aprender de lo negativo y prevenir futuras herejías. En contraste, Murdock tuvo que enfrentarse con sus colegas del Andover sobre la importancia de la historia como asignatura, pues sus contrapartes temían que los estudiantes fueran expuestos a controversias doctrinales, algo comprensible dado que Murdock era partidario de la naciente científicidad alemana.

Un tercer ejemplo es Philip Schaff del Mercersburg y el Union Seminary. Con él sucedió algo similar en cuanto al debate. Desde su visión historicista, consideró al catolicismo y protestantismo como fases del desarrollo histórico de la iglesia cristiana, y no necesariamente como dictaba la narrativa del excepcionalismo protestante: de retorno al cristianismo primitivo.

La última parte del libro versa sobre tres tópicos que hasta nuestros días resultan ser muy controversiales:

1) el papel de la mujer dentro de las congregaciones protestantes; 2) el esclavismo; y 3) las posturas secesionistas.

La historiografía sobre y de las mujeres ha sido reivindicada con mayor vehemencia desde el siglo pasado. Sin embargo, es de notar lo que Gutacker afirma:

...in the early republic, history was considered an important subject for American women. Women with varying degrees of literacy read history widely, as evidenced by many historical references and allusions in their journal, letters, and literature. Women were not only readers but also writers of history.⁶

En el siglo XIX, la obra de Lydia Maria Child, *The History of the Condition of Women, in Various Ages and Nations* (1835) y de Sarah Josepha Hale, *Woman's Record; or, Sketches of All Distinguished Women from "The Beginning" until A. D. 1850* (1853) fueron hitos historiográficos de las mujeres. Lo llamativo de estas dos obras es que, aunque no llevaron títulos explícitamente de historia religiosa, expusieron el papel de las mujeres en la expansión del cristianismo, tanto como factores de conversión en la Europa cristiana y como ejemplos de santidad. Estas narrativas apuntaban a la necesaria igualdad de las mujeres, así como de su posibilidad en la participación política, aunque la valoración de las mujeres radicó en su cumplimiento del papel como preservadoras de la infancia, maestras de los hijos y apoyo moral del logro espiritual de los hombres. Para elaborar esta imagen histórica de la mujer, las distintas autoras tuvieron que cuestionar las postulaciones de Gibbon y Milner, quienes las colocaban como causantes de la caída de los imperios por su debilidad y lujuria, y por su poca influencia en el ámbito secular; es decir, las mujeres tuvieron que reescribir la historia (Capítulo cinco. "Rewriting the Past").

Si las mujeres tuvieron que reescribir la historia, la población afrodescendiente tuvo que liberarse primero de la esclavitud en sus reconstrucciones históricas (Capítulo seis. "Liberating the Past"). El debate de la época buscaba respuestas a la pregunta principal: ¿cuál era el lugar de la esclavitud en la historia del cristianismo? Hubo tres respuestas y, por ende, tres posturas.

⁶Gutacker, *Old Faith*, 85–86.

La abolicionista, la esclavista y la gradualista. En este cuadro histórico no podía faltar la mención a James W. C. Pennington, esclavo fugitivo y luego ministro presbiteriano. Pennington marcó la pauta para contrargumentar la fundamentación bíblica esclavista de la “maldición de Cam”⁷ con el siguiente planteamiento: el esclavismo tuvo su origen en el reinado de Carlos V, colaborador del papa en la persecución contra los reformadores y, en consecuencia, el origen de la esclavitud sería antitético al protestantismo. A esto se fueron sumando las ideas de que la igualdad racial imperaba en el cristianismo temprano, y al origen africano de algunos Padres de la Iglesia como Cipriano, Orígenes y Eusebio de Cesarea.

Para entender el matiz de la postura gradualista, Gutacker señala que hubo una distinción en la ponderación histórica de la esclavitud: por un lado, desde los principios cristianos y, por el otro, desde la esclavitud realmente existente. Se reconoció que la esclavitud no era aceptada por el cristianismo primitivo, pero que su existencia en esa época era innegable. La ruta bíblica para explicar esto se remitió a que la esclavitud pertenecía al mundo caído y, por lo tanto, solo cambiaría al no estar dentro de ese mundo caído, es decir, dentro del mundo existente y presente. En este sentido, solo cabría aceptarlo como un mal necesario.

La Guerra Civil finalizó, pero la batalla por el pasado continuó (Capítulo siete. “Fighting for the Past”). Gutacker analiza los discursos de la posguerra civil, en el que el presbiteriano de la Old School, Robert Lewis Dabney, señalaba que los abolicionistas habían provocado anarquía, barbarie y fanatismo. La referencia bíblica multicitada por los protestantes del sur fue 1^a Timoteo 6:1-2, la cual enseña la obediencia hacia los amos sin que los derechos de los últimos prevalezcan sobre los esclavos. El problema residía en que la esclavitud de su presente se había distorsionado, por lo que habría que restablecer la relación de servidumbre descrita en la Biblia. En los años de 1850, el debate en torno a este tema incrementó, llegando a

⁷La maldición de Cam se refiere al suceso bíblico relatado en Génesis 9:18-28, en el que Cam ve la desnudez de su padre, por lo que fue maldecido su hijo, Canaán, a ser siervo de siervos.

integrarse los hombres de leyes en la batalla escrita. Después de la Proclamación de la Emancipación de Abraham Lincoln en 1863, el discurso hegemónico fue aquel que asoció el sistema esclavista con el catolicismo romano.

En algún sentido, Gutacker nos conduce en ese laberinto de opiniones y controversias que tanto temían los colegas de James Murdock en el Andover Theological Seminary. Este laberinto nos muestra que la postura bíblicista sostenida por los protestantes evangélicos estadounidenses, en tanto parte de su identidad religiosa, fue impracticable en términos reales. Gutacker propone la existencia de una narrativa histórica del excepcionalismo protestante que contenía un anticatolicismo inspirado en la historiografía del siglo XVIII.

Se agradece a Gutacker la escritura de un libro de lectura fácil y fluida que no sacrifica la complejidad del tema: el “laberinto” de debates históricos e historiográficos del pasado cristiano. Sin embargo, deja al espíritu autodidacta del lector conocer el sentido conceptual de su abordaje, pues solo cita escuetamente la definición de mnemohistoria de Jan Assmann. Al principio, esto causa confusión, debido a que los estudios de la memoria se han asociado con lo oral y no con lo escrito. Assmann basa su propuesta en la noción de memoria cultural, la cual es entendida como aquel relato histórico recordado y resguardado por instituciones sociales. Estas últimas son constituyentes del canon de la memoria histórica, es decir, lo que debe recordarse y cómo recordarse.⁸ Así podemos entender que la narrativa histórica protestante estadounidense que nos dibuja Gutacker viene a ser el canon de la memoria histórica del excepcionalismo evangélico de la primera mitad del siglo XIX. Ahora solo nos faltará saber ¿qué tanto este canon se habrá transformado a finales del siglo XIX y principios del XX?

⁸ Jan Assmann, *Historia y mito en el mundo antiguo: los orígenes de la cultura en Egipto, Israel y Grecia* (Madrid: Gredos, 2005).